

Editorial

¿ADÓNDE VAMOS?

Bueno, ahora sí que hemos entrado realmente en un nuevo milenio. No a todos los que vivieron antes que nosotros, ni a los que vivirán después les fue o les será dado asistir a tal acontecimiento. Yo diría que incluso muchos que ahora viven se han enterado.

¿Qué depararán a la Humanidad los años venideros? Estremece pensarlos. De algunas cosas sí que estamos avisados ya. Una de ellas la formación. La formación es en estos momentos, y lo va a seguir siendo más intensamente, un proceso permanente, dada la rapidez con que se tornan obsoletos los conocimientos adquiridos.

Aprender, que hasta hace relativamente poco –hablando en términos históricos– era un lujo al alcance de escaso número de personas, es hoy una tarea necesaria e ineludible. A partir de aquí el lujo será la ignorancia, pero un lujo suicida que nadie se podrá permitir voluntariamente.

La sociedad, ninguna sociedad –ni la urbana, ni la rural, ni la del norte, ni la del sur– podrá asumir el riesgo de tener en su seno individuos incultos. Esto representaría un coste muy elevado y un lastre difícil de soportar en comunidades obligadas a ser competitivas y a comprometerse en proyectos comunes de alta especialización y tecnología. Sería algo parecido a esos pueblos africanos con gran número de hombres y mujeres, incapaces de realizar el necesario esfuerzo productivo que les permita subsistir.

Ante esta necesidad de formación permanente y actualizada los bibliotecarios tenemos que tomar conciencia firme de lo que se espera de nosotros: algo más, mucho más que continuar gestionando exclusivamente los conocimientos del pasado.

Y esto es lo que ocurre en la mayor parte de nuestras bibliotecas, en las que los progresos de estos últimos 20 años han sido nulos o insuficientes en todos los órdenes. De esta manera nos encontramos ante un panorama de bibliotecas mal dotadas económicamente, con presupuestos –las que los tienen– impropios o ridículos para el servicio que les está encomendado; con plantillas de personal insuficientes y, en demasiadas ocasiones, inadecuadas; con escasez o inexistencia de la tecnología que permita facilitar a los usuarios la información que necesitan; con ausencia de determinados servicios bibliotecarios, o con mala calidad en la prestación de los mismos. La consecuencia lógica que trasciende a la sociedad es que la biblioteca, en general, es un lugar donde no se le ha perdido nada (Ojo, la sociedad es algo más que los estudiantes).

En estas condiciones a los bibliotecarios se nos pide –nos lo exigimos nosotros mismos– que es urgente e imprescindible que llevemos a la conciencia social de nuestro pueblo la importancia de las bibliotecas como agentes principales de difusión del conocimiento y la información de forma libre y gratuita y que lo hagamos mediante el empleo correcto de las tecnologías de la información y la comunicación.

¡Qué contrasentido! El 90% de nuestras bibliotecas son bibliotecas municipales y, sin embargo, la implicación de los ayuntamientos andaluces en la política bibliotecaria regional ha sido hasta aquí prácticamente nula, y no es suya la culpa, al menos toda la culpa. No sé si en un futuro inmediato los políticos competentes en la materia conseguirán imprimir un cambio a esta actitud, pero en estos momentos se está gestando una nueva ley de bibliotecas y no se ha contado con los representantes municipales. Por favor ¿adónde vamos?